

BOTAS DE COLORES PARA DÍAS DE LLUVIA



María G. de Jaime
Tomás Páramo

m̄r

MARÍA G. DE JAIME
TOMÁS PÁRAMO

BOTAS DE COLORES
PARA DÍAS DE LLUVIA

m̄r

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Tomás Páramo, 2020

© María G. de Jaime, 2020

Con la colaboración de Emma Lira

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Martínez Roca es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 08034 Barcelona

www.mrediciones.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-270-4750-1

Depósito legal: B. 12.503-2020

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Huertas, S. A.

Impreso en España-*Printed in Spain*

1

Atardece. Un milagro repetido diariamente. El sol es un globo, dorado primero, que va tiñéndose de un resplandor naranja, de una luz que alarga las sombras y pone reflejos rojizos en todo lo que toca. En la tierra roja. En las paredes hechas con esa misma tierra. En el tronco del árbol del mango que preside el poblado. En los rizos apretados de los niños que vuelven a sus casas, descalzos, riéndose, pese a todo.

En unos segundos el sol caerá a plomo detrás del horizonte, una bola de fuego tragada por la tierra, y nos traerá de nuevo una de esas noches oscuras y densas capaces de despertar los terrores más antiguos.

Jamás he visto atardeceres más bellos que aquí. Jamás he visto noches tan oscuras. Jamás me he sentido más vivo que aquí. Y María lo sabía. No sé cómo, pero lo sabía. Como sabe casi todo.

Ahogo un suspiro. Me siento en un tronco partido frente a la puerta y observo el atardecer, indiferente ya a los mosquitos. Me concedo unos segundos de descanso. Físico, claro. La mente no descansa.

Las notas de *Memorias de África* suenan en mi cerebro, poniendo la banda sonora en un paisaje idílico que podría ser el final o el

comienzo de una película. Solo que yo no tengo ninguna granja en África. Ni estoy en las colinas de Ngong. Estoy en Widikum, en el corazón de Camerún, en el hospital de las Siervas de María que tiene menos medios de los que debería para abarcar más gente de la que puede. Aquí los locales no cultivan café en medio de un conflicto colonial. Caminan durante horas para venir a pedir una pastilla, una inyección, un remedio. Ellos solos o con algún familiar, generalmente un niño. Caminan un montón de horas, como si no hubiera sol ni cansancio. Un montón de horas. Ida y vuelta, desde sus poblados. Y a veces, solo ida.

María lo sabía, me repito mentalmente. Sabía que pasaría esto.

Es curioso. En los últimos tiempos, cuando me vence el desánimo o la tristeza, me acuerdo de María. También cuando asisto a algún acontecimiento alegre me acuerdo de ella. Mucho más de ella que de Blanca, mi novia, por ejemplo, pienso con una punzadita de culpa que se me pasa enseguida. Es lógico, me digo. Primero porque María debería estar aquí, junto a mí, inmersa en este proyecto con el que nos ilusionamos juntos. Blanca, no; sencillamente no podría resistirlo. No la culpo. Ni se me ocurriría. Yo estoy tentado de cogerme un avión de vuelta a casa cada día que amanece, hasta que me recuerdo, con un ramalazo de vergüenza que yo, al menos, puedo escapar de esta realidad. Ellos, los de aquí, no pueden. Y pese a esto, su aceptación, su fe, su alegría, es tan contagiosa que siento el alma como la piel, constantemente en un escalofrío de emoción, de esos que te provocan las canciones que sabes que no vas a olvidar en la vida.

He pensado varias veces en escribir a Blanca una carta. Una de las de verdad, de papel, de las que viajan en avión con suerte y tardan días, quizá semanas en llegar. Nunca lo he hecho. Y sinceramente no creo que ella lo eche de menos. No se me ocurren palabras con las que explicarle todo lo que veo, lo que vivo, lo que siento. Solo he sido capaz de verbalizarlo una vez. Cuando llevaba aquí una semana y vivía con el corazón en un puño y aún contaba la gente que se nos quedaba en el dispensario.

—¿Cómo estás, hijo?

—Papá, esto es muy duro. Durísimo —le había dicho, tratando de que no me temblara la voz.

—La vida es muy dura en algunos sitios, hijo. Desafortunadamente, solo cuando vemos algunas cosas somos capaces de apreciar lo que tenemos.

—Pero es que no te haces una idea, papá. Los niños sin ropa ni calzado, las enfermedades... y sin irnos a los extremos, la cantidad de niñas que quieren estudiar y no pueden porque tienen que quedarse ayudando en casa. Y lo poco que costaría cambiar las cosas, papá.

—Sé que es una experiencia muy intensa, Tomás, pero me enorgullece que hayas deseado vivirla siendo tan joven. Es solo un tiempo. Piensa eso.

Lo pensaba, pero ese no era el problema. Yo no quería salir de allí. Es solo que me gustaría que también pudieran hacerlo ellos. Pero me callaba, porque no sabía si mi padre lo entendería.

—¿Qué tal estáis todos?

—Aquí está todo como siempre, hijo.

Y aquí. Desde hace doscientos o trescientos años, pensaba yo, pero no lo decía tampoco, me despedía rápidamente alegando que la llamada era muy cara y colgaba. Y volvía a la realidad. A mis diecisiete años mediados y a mi experiencia como voluntario en un pueblo del África Central. A mi miedo a no estar a la altura. A mi día a día sin electricidad, sin agua corriente, sin nada. A mi convencimiento de que yo, al menos, podría irme de allí en cuanto quisiera. Y al dolor de no poder compartir todo esto con la persona que más había luchado junto a mí por llegar a Widikum. Porque en el último momento la familia de María se había horrorizado ante la posibilidad de que su hija se largara a África como voluntaria. Una chica. Tan joven. Casi una niña. ¿A quién se creía ella que iba a ser capaz de ayudar?, había dicho su padre. Pues a mí, pensaba yo, por ejemplo.

—¿Con quién hablas cuando quieres contar las emociones que te despierta todo esto y no puedes hacerlo en tiempo real?

La pregunta había partido de Rocío, mi compañera en Widikum, una chica de Donosti, apenas un año mayor que yo, e igual de

desbordada por la vida, por África, por la fuerza de su naturaleza y sus gentes. A veces, al caer la tarde, comentábamos nuestras experiencias, como si necesitáramos recordarlas para estar seguros de que estábamos viviendo aquello de verdad.

—¿Quieres decir con quién hablo en mi pensamiento?

—Sí —respondió—. Yo lo hago con mi abuelo. ¿Sabes? Cuando era muy niña, mi padre murió. Desde entonces siempre me ha dado mucho miedo dormir sola. No sé. Como si las cosas que conozco y que amo pudieran desaparecer mientras yo duermo... Mi abuelo me dijo una vez que, cuando tuviera miedo o me sintiera sola o insegura, mirara la luna porque, independientemente de dónde estuviera, él estaría mirando la misma luna que yo.

—¿Y funciona?

—Funciona. Le siento muy cerca, a mi lado. Y le cuento cómo me ha ido el día. Es una experiencia increíble.

Quizá empecé a mirar la luna yo también para poder contarle las cosas a María. Aunque tenía la sensación de que no necesitaba contarle nada porque ya lo sabía. Igual que sabía que yo necesitaría de palabras, de respuestas a las preguntas que me haría cada noche. Igual que sabía que necesitaría un anclaje con mi mundo real. Nunca pude saber cómo podía haberlo previsto.

Rasgo el sobre. Qué bien suena el sobre del papel al romperse, ese instante que precede a las palabras del otro. Casi lo hemos perdido con la inmediatez de los móviles, pero qué bien suena.

Había escogido una carta del segundo montón. Del de los días tristes. Antes de partir de Madrid, María, aún dolida con su familia por no haberle permitido vivir esta experiencia, me había dado dos montones de cartas manuscritas, dos cajas dentro de una mochila de color morado que me eché al hombro como si siempre hubiera sido mía. De alguna manera sería como si viajara, como si estuviera aquí junto a mí, me había dicho. Solo en el avión abrí la cremallera para encontrar las dos cajas: cartas para los días felices y cartas para los días tristes. Sonreí ante la ocurrencia. No podía imaginarme entonces cuántas veces me salvarían la vida cada noche.

Querido Tomás:

Imagino que hoy es uno de esos días, ¿no? Uno de esos días en que te preguntas qué haces allí si no puedes ayudar; si lo que tú haces no es más que una gota minúscula en un océano de dolor.

Sí, exactamente, eso es lo que me pregunto a veces, María. ¿En qué puedo ayudar?

Imagino que pese a todo, pese a todo el sufrimiento que ves, no eres capaz de quitarte del todo tu piel. Tu piel de español, de europeo, de privilegiado. Y que no puedes evitar sentirte culpable, como si tú fueras responsable de todas las situaciones que ves allí.

Bueno, de todas quizá no. Y tampoco yo como individuo. No sé. Quizá como Europa, o como hombre blanco, como colectivo.

Y, sin embargo, tienes que desprenderte de todo eso si de verdad quieres llegar a ellos. Hablar su idioma, no me refiero literalmente, que a esto no te va a dar tiempo. Me refiero al idioma de los sentimientos. Y del tiempo, porque en África el tiempo es muy diferente al nuestro.

Mucho, María, mucho. La gente nace en un segundo. La gente muere en un segundo. Los atardeceres duran horas. O segundos, depende. ¿Y las noches? Las noches son eternas.

No sé qué habrá pasado hoy. Qué habrá sucedido para que estés triste. No sé si echas de menos a los tuyos, tu vida en Madrid. O si habrás visto algo que te cueste asimilar. O si te sientes solo. O si te arrepientes de haber ido. O de no quedarte el tiempo suficiente.

Pues un poco de todo, María.

Llora si lo necesitas. Nadie aquí va a enterarse. Ni tus padres ni tu amigo Fede. Ni Blanca. Ni yo. Y si alguien se enterara, daría igual. Eso no te hace cobarde. Ojalá lloráramos por cosas graves en lugar de por tonte-

rias. Ojalá los que nos hemos quedado en Madrid tuviéramos la valentía de llorar por lo que lloras tú.

Bueno, tú también lo intentaste, sonrío. Y es curioso, porque a la vez que sonrío noto que mis ojos se llenan de lágrimas.

Eso sí, cuando dejes de llorar, respira hondo. Y sigue adelante. Con fuerza. Porque habrá a tu lado alguien que no la tenga. A quien le falte una sonrisa o una palabra de ánimo, aunque sea en otro idioma. No importa. El idioma del corazón se entiende siempre.

El idioma del corazón se entiende siempre.

Y lo que hagas, lo que quiera que hagas, seguro que es valioso para alguien. ¿Recuerdas la fábula aquella sobre las estrellas de mar que leímos? ¿Las estrellas que morían por miles en la arena porque una marea viva las había arrojado a la playa? Había un hombre que las recogía, una por una, y las devolvía al mar. Y otro hombre le observaba, y, viendo la cantidad imposible de estrellas de mar que había, se acercó a él, porque vio que no podía llegar a todas, y le dijo:

—¿Por qué se esfuerza tanto? ¿Cree de verdad que supone alguna diferencia lo que hace?

Y el hombre, sin mirarle más que un segundo, arrojó otra estrella de nuevo al mar, y le respondió:

—Para ella, sí.

A estas alturas las lágrimas ya se me caen sin ningún pudor. Y qué razón tienes, María. Qué liberador es. Aunque tenga que andar sorbiéndome, que aquí, por supuesto, los clínex son un bien escaso. Y de repente es como si estuvieras conmigo, como si estuviéramos sentados viendo el atardecer después de un día agotador en el que un niño ha muerto de una enfermedad que hace mil años que ha dejado de ser mortal en Europa.

Sé como el hombre de la playa, Tomás. No puedes llegar a todas las estrellas. Ninguno podemos. Pero haz lo imposible por cambiar la vida de aquellas a las que llegues.

Te lo prometo. Mentalmente levanto la mano, como si brindara contigo con cerveza local. Aquí es bastante más segura que el agua. Lo único es que siempre está caliente. El frío es un lujo en África. Uno más. Otra lección que me llevo aprendida.

A mí ya has llegado ;)

La última frase y el guiño me llenan de ternura. Me desanudan el corazón, que lo tengo siempre como apretado de sentimientos. Es increíble. De alguna manera pensaba que la gente que lleva mucho tiempo aquí tendría que estar blindada para las emociones, pero no es así. He visto a sor Nieves maldecir como un corsario y a la madre Pilar enjugarse las lágrimas con cada muerte. Y al día siguiente están dispuestas a reír y a jugar y a bromear con cada niño, como si encariñarse con ellos no les partiera el alma. Como si tuvieran clarísimo que la vida, como el espectáculo, debe continuar.

Y ya sabes. No importa que a uno se le corra el maquillaje debajo del disfraz de payaso: the show must go on.

El corazón me da un vuelco. ¿De verdad has dicho —o has escrito— lo que yo estoy pensando? No, sonrío nervioso. Eso es imposible. Seguro que mis ojos han ido por delante y he leído la siguiente línea, y mi subconsciente se ha basado en tus palabras... Creo. Espero.

Sueña con lo mejor que puedas imaginar. Inmunízate contra la desesperación y el dolor. Estás allí para ayudar, Tomás. No para que te ayuden. Lo has decidido tú. Poca gente a tu alrededor habrá elegido donde estar en este momento.

Muy muy poca.

Sonríe. Y ojalá que mañana tengas que coger una carta del montón de los días alegres.

Seguro, María.

Un beso fuerte de buenas noches.

Otro para ti.

Doblo la carta. Inexplicablemente me siento mejor. Con más fuerza, con más energía. El sol ha terminado de ponerse y queda esa claridad de color púrpura como un velo entre la noche y el día. Los murciélagos empiezan a revolotear alocados y los niños de la aldea cercana se mueren de risa persiguiendo luciérnagas.

—Qué sencillo puede ser todo, ¿verdad?

Sor Nieves se sienta a mi lado y me tiende una cerveza. Caliente, por supuesto. Se ha quitado la toca y lleva el pelo cortísimo mojado. Se habrá echado un cubo de agua por encima para arrancarse el calor, el polvo y el olor a enfermedad y miseria. Aún no sé de dónde saca cada día las fuerzas para continuar. Creo que ha visto más infiernos de los que yo pueda soñar nunca.

—No bebo, hermana.

—Hoy sí.

Suena a orden. Quizá porque de alguna manera quiere reconocermé más edad, más madurez. O porque cree que me lo he ganado. O que nos lo merecemos. O porque no sabemos si mañana podremos elegir tomarnos otra. La cojo y doy un trago breve y amargo. Los dos miramos a la línea del horizonte, por donde se escapa el día.

—¿Buenas noticias? —me pregunta. Las arrugas se forman en las comisuras de sus ojos mientras mira el sobre en mis manos.

—¿Qué? Ah, no, no... Bueno... en realidad, no son noticias. ¿Por qué lo pregunta?

—Pues porque pese al día que llevamos, te brillan los ojos.

Parpadeo un poco avergonzado. No me lo espero. Y no sé qué decir.

—No, no creo —balbuceo—. Será la luz del atardecer que pone un color especial en todo.

—Será eso —sonríe. Y levanta su cerveza al aire. Brindando con nadie. Con el sol que se va; con la noche que llega.

Nos quedamos los dos en silencio. Cada uno perdido en nuestros pensamientos. Creo que ese fue el momento. El preciso momento en el que, sin querer admitirlo, me di cuenta de todo.